

EL ÚLTIMO LIBRO

¡Vivir... !

Un libro pensado para terminar por sí mismo.

Leo Vance



Prólogo

El libro que quiere terminar

Este es un libro con una sola ambición: terminar.

No terminar en la última página. Terminar en ti.

No quiere mejorar tu Vida. No te tiende ningún sentido. No cambia una creencia por otra. Los libros llevan cinco mil años haciendo eso, y las cabezas solo se han vuelto más pesadas.

Este libro quiere alisar las cosas.

Una cabeza humana carga una carga enorme.
Nombres. Reglas. Morales. Dioses. Pasados.
Futuros. Ideales. Miedos. Definiciones. Esperanzas.
Casi nada fue elegido. Todo fue cargado antes de
que tuvieras edad para ver la carga.

Después pasaste años llamando a la carga «yo».

La gran dificultad humana no es aprender. Es
desaprender.

Este libro no es un manual para desaprender. Un
manual solo sería una cosa más que cargar.

Es un árbol.

Un gran árbol de pie en el viento.

El viento sopla. El árbol no discute. Se queda, y
detrás de él, las cosas se posan.

Cuando llegue la última página, debería haber
menos en ti. No más.

Si el libro hace su trabajo, no necesitarás
recordarlo.

Puedes incluso dejar de leer.

Ese sería el buen final.

El libro termina. Todo se vuelve Vida.

I

La cabra dice: hierba

Pregúntale a una cabra qué es el mundo.

Hierba.

Esa es la filosofía completa. La cabra come.
Después descansa. Nada en la cabra espera una explicación.

La cabra no se pregunta si la hierba tiene sentido.
No decide si comer es sagrado. No necesita una definición de la felicidad para tumbarse al sol.

Vive.

Suena simple porque lo es. Los humanos han vuelto la simplicidad sospechosa.

Entre nosotros y lo que sucede, hemos apilado lenguaje. El lenguaje es útil. Le dice a otro dónde está el agua. Avisa del fuego. Deja que un niño llame a su madre.

Después el lenguaje no para de crecer.

Las palabras adquieren historias. Las historias se vuelven reglas. Las reglas se vuelven instituciones. Las instituciones se vuelven culturas. Las culturas

se vuelven identidades. Las identidades se vuelven cosas por las que la gente muere.

Un sonido se vuelve muro. El muro se vuelve real hasta el punto de matar.

La cabra nunca levantó el muro.

No hay nada malo en el lenguaje. El problema empieza cuando se toma la palabra por la cosa.

La hierba es hierba. La palabra hierba no alimenta a nadie.

La palabra Vida no es la Vida.

La palabra libertad no es la libertad.

La palabra silencio — volveremos a esa. Está más vacía que las otras.

¿Y la palabra puro?

No tengo esa palabra.

Puede que sea una de las frases más limpias que un humano pueda decir. No porque el lenguaje haya fallado. Porque a veces no hay nada que poner ahí — y una cabeza honesta deja el sitio vacío.

Aquí puede caer otro muro: «real» e «irreal». El grano, o la flor en la que se convierte — ¿cuál es más real? La pregunta está rota. Llama a algo

«real», y acabas de inventar lo «irreal». La Naturaleza nunca hizo ese corte. Lo hizo una boca.

II

Antes de las palabras

Un niño llega antes de la biblioteca.

Antes de la religión. Antes de la moral. Antes de la nacionalidad. Antes de la belleza. Antes del éxito y del fracaso. Antes de la historia de quién tiene que llegar a ser.

Después empiezan los libros.

No libros de papel. La gente son libros. Los padres son libros. Los maestros, los vecinos, las pantallas, las costumbres, los castigos, los premios — todos libros. El niño los lee sin saber que la lectura ha empezado.

¿Un niño antes del lenguaje está más cerca de lo verdadero? Claro que sí. No por sabiduría secreta — por estantes vacíos.

El miedo a la muerte llega así, temprano. No como un descubrimiento — como una atmósfera. Lo vi antes de los dos años. Una cara cambia. Una voz baja. Un cuerpo desaparece, y los adultos representan su miedo. Después, ese mismo miedo vive dentro de la lengua misma, en cada giro que la cultura construyó alrededor de morir.

No nací con miedo a la muerte. Me la tendieron.
He visto que se la tienden a otros — siempre
tendida, nunca crecida por sí sola.

La idea de Dios llega de la misma manera. Para mí,
esa idea fue inmensa entre los trece y los
veinticinco. Llenaba cualquier habitación en la que
entrara.

Después vinieron otros libros. Después el mirar.
Años mirando a la Vida hacer lo que hace.

Hacia los cuarenta, todo se puso claro.

Lo primero que dejé de creer conscientemente fue
el suelo mismo: la sensación de vivir al fondo de
algo. No lo estamos. La tierra está bajo los pies, y
todo lo demás está arriba. Abierto. Nadie está
apilado encima de nosotros.

El pensamiento heredado funciona exactamente
como esa suposición. Se vuelve invisible. Un
hombre puede defender una idea durante cuarenta
años sin notar que se la colocaron antes de que
supiera terminar una frase corta.

No es una acusación contra los padres. A ellos
también los cargaron. Y a los suyos. La cultura se
pasa por bocas humanas.

Lo que estropea a los niños no tiene nada de
exótico. Es la cultura heredada — aprendida y

luego pasada. A mí me estropearon con pocos años,
como a todos.

Un día el niño ya crecido revisa el contenido de su
propia cabeza y dice: yo.

¿Cuánto de todo esto es yo?

III

El gran inventario

Saca las palabras grandes una a una. A la luz. No para atacarlas. Para pesarlas.

La idea de Dios. Ya pesada, por la historia. La humanidad ha adorado miles de dioses, cada uno con templos, ofrendas y creyentes absolutamente seguros. La certeza era total; los dioses se fueron igual.

El después de la vida, el antes de la vida. Las dos cosas más inútiles que los humanos aceptan como importantes. Unos cien mil millones de personas han vivido y han muerto. Informes confirmados de vuelta: cero. Y aun así civilizaciones enteras organizan la semana alrededor del después y del antes, mientras el medio — la única parte que de verdad ocurre — espera.

El amor. El amor es esperanza. Y la esperanza es una deuda contraída contra el presente. ¿Por qué esperar, cuando no falta nada? Lo que queda cuando cesa la esperanza no es frío. Es simplemente aquí — y el aquí no necesita ninguna promesa.

La belleza. Inventada, claro. Fíjate cómo la llevan las culturas: una la interpreta como arte, otra la

fabrica en cadena. Si la belleza fuera un hecho, no necesitaría fábrica.

La felicidad. Una meta inventada. Nada en el campo ha corrido nunca tras ella, y nada en el campo la ha echado en falta.

La libertad. Aquí está lo raro. Pide la sensación de libertad — no la idea, la sensación — y nada responde. La Vida y el vivir nunca cargaron esa palabra. La libertad es el nombre colectivo de una lucha, como la sed solo existe donde se retiene el agua. La gente dice que quiere ser libre. He conocido a pocos que pudieran permitírselo. La retirada empieza antes de que un niño sepa decir una frase entera.

Soledad sufrida y soledad elegida. La primera es esperanza que no encontró nada. La segunda es la lucha contra la sensación. Las dos viven en la cabeza. Ninguna vive en el campo.

El silencio. El silencio no existe. Todo animal hace sonido: ah al estirarse, um ante un buen bocado, oh cuando tira la espalda. El bosque de noche es una orquesta. «Silencio» solo existe dentro de nuestra lengua — una palabra para algo que la Naturaleza nunca produjo.

Lo sagrado. ¿Hay algo sagrado que no esté inventado? No. Nada. Y en el instante en que esa

respuesta deja de doler, un peso se va de los
hombros.

Este inventario no es una destrucción. Nada real
puede destruirse mirándolo. Solo lo inventado
necesita protegerse de la luz del día.

IV

Lo que te metieron en la boca

El sufrimiento psicológico se presenta como necesario. Como profundidad. Como prueba de un alma.

Pregunta qué protege realmente.

Nada. No protege nada.

Es algo que te metieron en la boca mientras dormías con la boca abierta. Te despertaste masticando, y como el masticar estaba ahí antes que tu primer recuerdo, lo llamaste «yo».

El relleno tiene sabores. Culpa. Vergüenza. Preocupación por el después. Preocupación por el antes. La repetición de periodos vividos, terminados hace años, que aún corren de noche.

Esa repetición es la última sujeción que no he soltado del todo — el pasado, que vuelve a poner sus viejos episodios. Lo digo para que sepas que el árbol que escribe esto sigue de pie en el viento. La diferencia es: sé que es una repetición. Saberlo ya es la mitad del escupir.

¿He conocido a un ser realmente sin sufrimiento psicológico? Sí. Un rebaño de ovejas — cada una

de ellas. Comen. Después descansan. Esa es toda la biografía, y es una obra maestra.

La oveja no es la prueba de que un humano pueda vivir así. La oveja no puede coger la carga, así que no puede soltarla. Es otro animal.

Lo que la oveja demuestra es más pequeño, y basta: el masticar no está en la hierba. Se cargó después.

Entre humanos — todavía ninguno. Incluyo la cabeza que escribe esto.

El primero puede ser quien termine este libro.

V

El deshacer

Hacer es fácil. Las cabezas están hechas para hacer. Dale a una cabeza una tarde tranquila y fabricará una creencia, una preocupación, un dios, un rencor.

El problema nunca fue hacer.

El problema es la incapacidad de deshacer.

Deshice la moral. Deshice el cielo. Deshice el infierno. Completamente idos — no repintados, no renombrados, no reemplazados por versiones más ligeras. Idos.

Me llevó unos quince años.

Quince años, para cosas instaladas en quince minutos cada una. Ese es el cambio, y nadie te avisa. La instalación es gratis. La retirada cuesta años.

Así que este capítulo no promete un milagro de fin de semana. El deshacer es lento como la digestión — silencioso, casi invisible, y terminado solo cuando ya no queda nada que sentir.

¿Cómo saber que algo está de verdad deshecho? Deja de aparecer en tus frases. Después deja de

aparecer en tus pausas. Un día notas que la palabra misma se ha vuelto extraña, como el nombre de un compañero de una escuela que se quemó.

Se me están yendo palabras ahora. El vocabulario resbala — palabras que en realidad nunca toqué. No corro tras ellas. Su marcha es el recibo.

¿Y los pensadores que pasaron por aquí antes? Uno escribió que la idea de Dios había dejado de funcionar, y lo pagó con la razón. No le debo nada personal. Nunca cocinamos en el mismo fuego. El punto no era seguir al hombre. El punto era la dirección — y la dirección es: hacia menos.

VI

La Naturaleza no necesita nuestro permiso

¿Qué guardaría de la civilización? La Vida. La Naturaleza. Lo demás se negocia.

La Naturaleza va con dos verbos: comer, descansar. Lo demás es comentario.

He visto morir cosas. Plantas. Animales. Personas. Mirar eso es como comer. Esa frase solo escandaliza a una cabeza a la que enseñaron la muerte como catástrofe. En el campo, morir es la contabilidad ordinaria de la Vida — como andar, como mear, como respirar. La hierba no hace ceremonia por el grano.

¿Le tengo miedo a la muerte? Claro que no. ¿Por qué iba a empezar si no un libro llamado El Último Libro?

¿A qué se parece «estar vivo» — en el cuerpo, no en la cabeza? Hambre. Dolor por estar sentado demasiado tiempo. El cuerpo informando, sin filosofía encima.

El momento más honesto que he vivido es este. Ahora. Es el único momento que ha sido honesto alguna vez, porque es el único que está aquí alguna vez.

¿Dónde piensa más claro una cabeza? En la Naturaleza. Las ciudades piensan en anuncios.

Una vez salté a un recodo de un río de montaña medio helado. El sentido se disolvió del todo — y fue magnífico. El frío no discute. Durante unos segundos no había ningún vocabulario en mí, solo un cuerpo ardiendo de estar vivo. Ese es el estado bajo todas las palabras. Nunca se perdió. Solo estaba tapado.

Cuando el día de vivir está ganado y vuelve la crudeza — el estado anterior al lenguaje — camino. Andar no hace preguntas.

VII

El diccionario

Si pudiera quitarle una sola cosa a la civilización, no sería un arma ni una máquina.

Sería el sobrante de palabras.

Que sea ley: ningún diccionario de más de doscientas páginas.

Doscientas páginas caben agua, fuego, pan, madre, dolor, sueño, lluvia, venir, ir, sí, no — todo lo que dos humanos necesitan para mantenerse vivos y en calor. Todo lo que pasa de la página doscientos es decoración, y la decoración es donde se cría el problema. Nadie ha peleado nunca por la palabra pan. Las guerras viven en las páginas gordas del fondo — en gloria, pureza, destino, honor.

Un diccionario delgado las mataría de hambre.

Esto no es odio al lenguaje. Es una dieta. El lenguaje empezó como herramienta y se hinchó hasta ser casero. Una herramienta se coge y se deja. Un casero te cobra alquiler por tu propia cabeza.

En algún punto de estas páginas las palabras ya han empezado a adelgazar. Bien. El libro es un

diccionario que se quema a sí mismo, página tras página, hasta quedar corto para vivirlo:

Comer. Descansar. Andar. Mirar. Vivir.

VIII

Simplemente vivir

¿Qué es lo más valiente que puede hacer un ser humano?

No escalar. No la guerra. No el escenario.

Simplemente vivir.

Vivir sin el después ni el antes. Sin el aplauso del cielo, sin el látigo del infierno. Sin un sentido atado a la espalda como un paracaídas que no se ha abierto nunca.

Es lo más valiente porque todo está construido en contra. La escuela, el templo, el mercado, la pantalla — todo funciona con tu aplazamiento. Necesitan que vivas para después. Lo único que no pueden vender es ahora. Ahora nunca faltó.

Las ovejas lo hacen sin aplausos. Comen; descansan. Los humanos rondan el prado con cuadernos escribiendo teorías sobre lo que tienen las ovejas.

Las ovejas no tienen nada.

Eso es lo que tienen.

Y no — este libro no te pide que te vuelvas ganado.
Quédate con tus manos, tu pan, tu gente, tu
trabajo. Suelta solo la carga. Las manos trabajan
mejor sin ella.

IX

El último libro

¿Para quién es este libro? Para el lector medio con estudios, y hacia arriba. No puede nada por quienes no entraron en la biblioteca — podrías untárselo en el pan como mermelada y no entraría. Hay que haber cargado libros para sentir el placer de dejarlos.

¿Es para mí? No. Escribirlo no cambió nada en mí. El cambio llegó primero; la escritura solo informa. No temo nada de lo que dice. No queda nada en mí que él pueda amenazar.

El libro es el gran árbol. Se queda de pie en el viento para que, detrás de él, las cosas puedan posarse. Calmadas. Posadas. Quietas.

Y luego viene su verdadera ambición, la que ningún libro anterior se atrevió a guardar: ser el último.

Lo último que debería arder en este libro es el libro mismo. Cuando la lectura esté hecha, déjalo irse por el camino de la moral, del cielo y del infierno. No lo cites. No lo guardes en la cabeza. No fundes nada sobre él. Un libro que pide ser recordado ha fracasado en su primer capítulo.

Si, al cerrarlo, sientes el impulso de dejar de leer
— cualquier cosa, para siempre — no luches contra
el impulso.

Ese impulso es el libro trabajando.

Déjalo a media frase si la media frase es donde la
Vida te llama. La cabra no termina párrafos.

∞

¡Vivir... !

La idea de Dios puede irse. La moral puede irse.
Belleza, libertad, felicidad, pureza, silencio, sentido
— todo eso puede irse.

El diccionario puede adelgazar.

El pasado puede quedarse donde ocurrió. El
presente no necesita permiso suyo. El futuro no
necesita resolverse antes de llegar.

Se puede dejar de buscar. Dejar de convertirse.
Dejar de leer.

Y simplemente vivir.

No como una filosofía. No como una meta. No
como un logro.

La Vida nunca necesitó la palabra Vida.

Entonces — cierra el libro.

Mira. Anda. Come. Respira. Descansa.

¡Vivir... !